

EN PUNTO

temían que hablase demasiado o que sospechaban que estaba de acuerdo con la Policía. Poco antes, la NOA había asesinado a una antigua «Miss Guatemala», de la que se sospechaba que era simpatizante del Movimiento 13 de Mayo —de orientación castrista—, y los comandos de la izquierda mataban a tiros a dos oficiales norteamericanos, uno de ellos el jefe de la misión militar de los Estados Unidos, de la que se dice que, con sus «rangers» (boinas verdes), dirige la lucha contra las guerrillas.

En esta especie de guerra civil sin declarar, ha terminado el débil intento de Méndez Montenegro de reformismo moderado, de reimplantación de las garantías constitucionales y de dominio del poder civil. El episodio del embajador alemán federal asesinado no es, para ninguno de los grupos en lucha, más que una cierta baza política. La moral y la ética referidas a la vida de una persona no cuentan cuando está sucediendo una lucha despiadada. La clave de estos sucesos no la puede dar nunca un sentimiento humanitario, ni se puede buscar por ese camino, aunque ese camino se explote en cada caso.

¿Hay una característica especial en nuestro tiempo en esta vieja historia de rehenes y asesinatos, de los que desgraciadamente Guatemala no tiene ninguna exclusiva? Si la hay, es la de la disonancia entre el encubrimiento propagandístico de la situación, que trata de hacernos pensar que vivimos una época «normal». La idea de que el Tribunal Supremo de los Estados Unidos tenga que examinar a estas alturas si el país está en guerra con Vietnam —para castigar o para absolver a quienes se manifiestan contra ella—, cuando hay quinientos mil soldados combatiendo, con el apoyo de la Aviación y de la VII Flota, con la extensión del conflicto a países vecinos, pone de manifiesto el encubrimiento de situaciones a que se ha llegado. Este tipo de hipocresía y ficción irradia a todo el mundo, y todas las políticas están sufriendo de un desdoblamiento de personalidad propio de las enfermedades mentales avanzadas.

La muerte del embajador de Alemania Federal en Guatemala, conde Karl von Spreti, a manos de los guerrilleros que le guardaban como rehén a cambio de la liberación de veinticuatro presos políticos, es el fruto de una situación de barbarie mezclada con cálculos políticos.



URSS

LA ODISEA DEL GENERAL GRIGORENKO

El diario del general Grigorenko, encerrado en la URSS en un manicomio por haber defendido los puntos de vista checoslovacos, ha aparecido en Occidente, sacado clandestinamente de la Unión Soviética y distribuido por los organismos escandinavos que mantienen la ayuda a los intelectuales soviéticos perseguidos. Está acompañado de una carta escrita por la esposa del general, pidiendo a «todos los ciudadanos del mundo defensores de la libertad» que ayuden a la liberación del detenido. Desde Moscú se niega la autenticidad del diario y del mensaje, que es un documento escrito en un estilo directo y claro, como un informe. No se conocen aún más que algunos fragmentos. Grigorenko relata que fue atraído hacia Tskhent para ser detenido allí. Intentó la huelga del hambre, pero fue forzado a comer mediante violencias físicas. Le introducían un tubo en la garganta y por él le alimentaban. Fue transferido al Instituto Serbsky, de Moscú, que Grigorenko describe como un establecimiento de presión policíaca y política. Los «tests» psicológicos a que fue sometido estaban hechos como pre-

guntas pensadas «para un cretino integral o para un hombre con decrepitud senil». Considera que la aplicación de los electroencefalógrafos equivalía a una tortura; en lugar de los quince minutos que le parecían necesarios, se le aplicaban durante una hora. «No podía más. Los cátodos han dejado marcas profundas en la piel de mi cráneo sin pelo, mis piernas, que sobrepasaban la camilla, estaban anquilosadas». Los métodos sirven «para transformar un acusado en alienado». «Evidentemente, si sólo es considerado normal un hombre soviético que agacha la cabeza ante todo acto arbitrario de un burócrata, entonces yo soy un anormal. Dure lo que dure el tiempo durante el cual pueda luchar, no soy capaz de tal humillación». Se le dijo que si no prefería un tratamiento psiquiátrico a un proceso: el general respondió que prefería un proceso donde pudiera decir toda la verdad. El diario termina con fecha 5 de diciembre, antes de que el general sepa si se accede a su petición. Se supone que se encuentra hoy en el hospital psiquiátrico penitenciario de Kazan.

Asia

EL AVION Y LOS SAMURAI

El secuestro del avión japonés hacia Corea del Norte ofrece características más novelescas que los realizados hasta ahora: operación realizada por un grupo de personas, utilización de espadas de samurai como armas —no por pintoresquismo, sino por evitar los controles electrónicos contra armas de fuego—, el disfraz de un aeropuerto entero —el de Seul— para engañar a los raptos, el largo cerco del aparato, el intercambio de los pasajeros por un rehén de calidad —el viceministro de Transportes del Japón—, las negociaciones diplomáticas entre los países interesados y, finalmente, el desenlace feliz —feliz para los secuestradores— de la operación. Y feliz también porque se han evitado víctimas. Sobre toda esta larga y compleja novela de aventuras prevalece un hecho: el de que no hay, hasta ahora, defensa ninguna contra esta clase de operaciones. No sólo es el país receptor el que colabora con los secuestradores, sino que deben serlo,

a la fuerza, los países que de alguna manera se ven responsabilizados por las vidas de los pasajeros. El gobierno de Corea del Sur es uno de los más autoritarios de la zona asiática, por no decir del mundo. Está en pie de guerra, y la prontitud con que realizó la operación de disfraz del aeropuerto de Seul —banderas, insignias, soldados y guardias con uniforme del Norte— muestra que en sus planes estaba prevista alguna operación de ese tipo. Sin embargo, ante la gravedad de la situación no ha tenido más remedio que ceder y dejar perder una ocasión de demostrar su autoridad y su fuerza. Para Corea del Sur no se trataba en este caso de un simple secuestro aéreo —se puede decir así, en vista de su frecuencia— sino de evitar lo que consideraban «una nueva manifestación de debilidad frente al comunismo»: dejar escapar el avión se toma como una derrota nacional y, en efecto, Corea del Norte lo ha presentado como un éxito político.